

Teknokultura

ISSNe: 1549-2230

<http://dx.doi.org/10.5209/TEKN.58253>EDICIONES
COMPLUTENSE

Reseña del libro *Internet, el último continente. Mapas, e-Topias, cuerpos*, Juan José Mendoza, Buenos Aires, La Crujía, 2017, ISBN: 978-987-4168-05-4, 96 págs.

Recibido: 8 de diciembre de 2017 / Aceptado: 29 de diciembre septiembre de 2017



Llama la atención que Juan José Mendoza hable de internet convocando a la conversación epígrafes de historiadores de núcleo duro: Michelet, “Cada época sueña la siguiente” y Walter Benjamin, “A cada época se la aparece en imágenes la que sigue. Cada época no sólo sueña la siguiente, sino que soñadoramente apremia su despertar. Lleva en sí misma su final y lo despliega”.

Si lo anterior es verdadero, este libro bien mirado, es una imagen ominosa del futuro prometido por otras lecturas acrílicas o ingenuas sobre Internet. La contemporaneidad de la materia de estudio —el internet, la superabundancia de imágenes y las relaciones de poder que se instituyen por su presencia— se nos presenta de fácil consulta, breve pero contundentemente. En su corto escrito —no sé si libro sea adecuado para nombrarlo, por su brevedad más parece el instructivo de máquina letal— Mendoza hace un mapa de la materialidad concreta de ese futuro que ya habita en nuestros dispositivos, pero en nosotros; aclaro, ese futuro no habita en la sociedad, ni en las comunidades. El futuro del que se trata nos acecha desde la palma de nuestra mano.

Internet, el último continente no es un mapa binario, es una crítica a la relación contemporánea que negociamos a cada instante con los datos y las distancias. Primero, porque según Mendoza, todo es *data* y, como tal, potencialmente mercadeable. Así, somos productores que generamos bienes —bytes— por los que no seremos retribuidos. Es decir, nada nuevo hay en esta economía digital; si acaso la novedad está en el gusto, la erótica y la emoción con la que participamos todos —como obreros on/off— de esta explotación mundial atendida desde la palma de la mano.

Territorios, colonizaciones, explotación y riqueza en manos de pocos que se elabora en las manos de muchos son algunos de los asuntos que se abordan en el libro. Sorprende lo rápido que Mendoza desenmascara el espejismo de novedad de este e-expolio que tiene en cada uno de nosotros a entusiastas evangelistas que lo proclamamos cada vez que exigimos como derecho el acceso a otro Gi más de capacidad. 3G 4G, 5G. Los números aquí no son consecutivos ascendentes, son trazos de un camino que Mendoza nos advierte hacia los cambios de relación entre productores, consumidores y beneficiarios del dato. Este libro, bien visto, es un manual del reverso ominoso de la e-economía.

Noto y remarco que en el texto hay múltiples maneras de describir críticamente esa economía. Mendoza da ejemplos de los trabajos que han suscitado la irrupción más o menos violenta de un paradigma de ordenamiento global —la red y sus metáforas— que se parece a la materialización los conceptos tradicionales de “domina-

ción” y “vigilancia”; o, si se me permite, de omnipresencia, ubicuidad, salvación o castigo, que antes eran atributos de la divinidad. Dios había muerto según Nietzsche, pero resucitó en forma de *data center*, según Mendoza. Dios es un algoritmo autoalimentado por la voluntad de cada usuario de la red. Lo creo Adam Gates; su ira la narra el libro de Job... Steve Job(s). Tres ideas bombásticas de este libro son: 1. Internet es nuestra agua; 2. Hay una sobrerrepresentación de nuestro propio tiempo. 3. Los datos como género (narrativo).

A partir de la lectura puedo decir que los Datos requieren enfriarse (no son datos fríos) y utilizan tecnología blanda (personas que comen, que conviven en confines distintos unidos por la delgada línea de la economía del comercio de *data*) porque ya no hay datos duros. Los datos duros se pasan por un rayador (*Grinder* o Christian Mingle) —se trata también de la sexualidad y sus avatares en *on and off line*— y deben ser estudiados con la paciencia con la que se reconstruyen los documentos de embajada abandonada a toda prisa, como aquella de la película *Argo*, —2012, dir. Ben Affleck— en que cientos de manos infantiles van uniendo tiras de papel triturado hasta volver a tener los datos como si fueran una alfombra persa.

Por más fríos y abstractos que se pretendan, los datos necesitan un espacio físico alimentado con electricidad. Mendoza se pregunta:

¿No son los datos y los mapas automáticos los nuevos géneros de la era digital? Las tecnologías con su anti-poética de datos proliferantes al parecer nos están narrando algo. ¿Qué poéticas, qué estéticas, qué ética se puede rastrear en ellos? Una respuesta podría ser: las tecnologías son estetizantes (Mendoza, 2017, p.15).

Si los datos son géneros, los métodos que dan cuenta de ellos serán las nuevas teorías literarias; hay entonces un canon que se forma en torno a los buenos y malos intérpretes. Pero entonces, tácitamente se reconoce la autoridad de unas *doxas* frente a otras.

Mendoza deja que sean el placer y la erótica los que adviertan una pedagogía de los datos para mostrarnos el sentido de esos géneros narrativos que pasan por la palma de la mano como granos de maíz. Adelanto una sospecha: creo que hoy no hablamos de comunicación y, cuando mentamos ese término del siglo XX, nos referimos a la *conexión*. Y la diferencia no es semántica, es ética. Los nexos, las ligas, la conectividad, etc. son una posibilidad tecnológica que se resiste a asumir su responsabilidad. Como usuario de la red estoy conectado con los miles de damnificados o con los deportados que abarrotan Tenosique, Tabasco o Tijuana, Baja California, al Sur y Norte respectivamente, de México, pero no estoy comunicado con ellos: “Ninguna época parece haber sido tan cartográfica como el presente. En plena proliferación de datos cartográficos, nunca el mundo parece haber sido tan filmado y tan fotografiado. ¿Qué formas tienen nuestros nuevos mapas?” (p.17).

En el pasado, un mapa cumplía una función denotativa, las más de las veces sostenido por un sistema de producción que lo identifica y lo autentifica como válido. En el siglo XVI, es amplio el tráfico de mapas falsos que ocultan los verdaderos caminos o rutas para llegar a este lado. Hoy el mapa cumple una ficción metafórica, connotativa, porque la abundancia de mapas se compensa con la escasez de expertos en explicarlos. Hay mapas para todo, pero no para todos. Hay mapas en que figuramos todos, pero que son desconocidos o ilegibles para los ahí representados. La cartografía de estos nuevos mapas no es democrática. La localización sí, pero no debemos confundir la accesibilidad a un GPS con el conocimiento para cartografiar y

controlar la representación de los recursos en dicho mapa. Esa información, advierte el texto, sigue siendo privativa de unos pocos.

Una diferencia que Mendoza anota en los nuevos los mapas es que se modifican velozmente de acuerdo con lógicas que impactan en la disposición de los objetos en el territorio. Podría citarse a Michel Houellebecq cuya novela *El mapa y el territorio*, publicada en septiembre de 2010 para conversar con el nuevo mapa que propone esta nueva visión del territorio.

Según Mendoza existen algunas acciones imprescindibles en la actualidad: “Recolectar, transportar, almacenar y procesar datos está pasando a ser el gran móvil de las conexiones” (p.18), es decir que aquello que dice el famoso soneto anónimo:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Podría cambiarse por: “No me mueve mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido, sino el Internet tan temido”. Es decir, las conexiones nos definen, pero no sabemos contenerlas. Estamos conexiados a pesar nuestro, con las máquinas; ya somos *cyborgs*. Y los que no, somos mutantes, estamos cambiando lentamente hacia los otros sentidos, abandonando lo análogo para aceptar con resignación lo digital. Y todas esas voluntades conversan y se unen en un nuevo cielo prometido: los *data centers*.

Dice Mendoza: “Los data centers son la nueva fisonomía material de Internet. De seguir siendo así, dentro de pocos años será difícil no pensar a los *data centers* como capitales continentales encubiertas” (p. 21). Termino esta breve reseña hablado de la sección que me importa más en este momento: imágenes explotadas e imágenes de explotación de mujeres: “En *Los condenados de la pantalla* de Hito Steyerl se vislumbran nuevas formas de *Los condenados de la tierra* —aquel libro de Franz Fanon de 1961—. ¿Quiénes son los condenados del siglo XXI? Una respuesta podría ser: las imágenes” (p. 21).

Advierte el autor cómo sería el futuro de la curaduría o el de la semiótica de lo invisible: “Se puede pensar en una lumpenproletarización de las imágenes: ellas, las imágenes, hacen el trabajo. ¿Qué es exactamente una imagen pobre? Es una imagen de baja resolución, un spam hecho por todos y no consumido por nadie” (p.31)

Hay una violencia anónima en este nuevo continente que se llama Internet, que se suma a todas las demás con rostro que acechan a las mujeres, a su escritura, a sus desplazamientos. Internet es un espacio hostil en el que podemos ser agredidos. La solución a este conflicto merece una respuesta de enorme urgencia que nadie posee.

No me gusta lo que escribís. Y voy a matarte. Te lo prometo. En este momento estoy pasando enfrente de tu casa”. Eran las 5 y media de la mañana cuando Amanda Hess empezó a recibir en su celular mensajes parecidos a estos. ¿Por qué las mujeres que escribimos no somos bienvenidas a Internet? (Mendoza, 2017, p. 93).

Mendoza cuestiona el papel que habrá de tener la literatura en un mundo donde todos narran, donde todos cuentan y hacen *storytelling*; y cita a Ronald Sukenick con quien compartimos la postura: “La forma de la novela tradicional es la metáfora

de una sociedad que ya no existe” (p.38). ¿Qué sociedad somos hoy? ¿Es internet nuestra metáfora?

Internet, el último continente. Mapas, e-Topías, cuerpos es una invitación a pensar el papel de la literatura, del arte, de las humanidades y de las ciencias sociales en esta era de los mapas en la que se crea una sociedad donde la ficción tiene otras funciones. Mendoza propone seguir la conversación con esta reflexión de Vicente Luis Mora “Somos lo que miramos y miramos pantallas”.

Roberto Domínguez Cáceres
Tecnológico de Monterrey (México)
E-mail: rdomingu@itesm.mx